



Paz, Carlos

Tomás Eloy Martínez, Santa Evita. Buenos Aires. Planeta, 1995, 398 páginas; y Abel Posse, La pasión de Eva, Buenos Aires. Emecé, 1995, 324 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Paz, C. (1995). Tomás Eloy Martínez, Santa Evita. Buenos Aires. Planeta, 1995, 398 páginas; y Abel Posse, La pasión de Eva, Buenos Aires. Emecé, 1995, 324 páginas. *Revista de ciencias sociales*, (3), 269-275.

Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1207>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita*, Buenos Aires, Planeta, 1995, 398 páginas; y
Abel Posse, *La pasión de Eva*, Buenos Aires, Emecé, 1995, 324 páginas.

Eva Perón entre *La pasión de Eva* y *Santa Evita*

En los años setenta la memoria de Evita convocaba a miles y miles de jóvenes que descubrían en su intransigencia, en sus rotundas definiciones, en su mística revolucionaria y en su hacer casi obsesivo el paradigma de la revolución que los fervores propios y ajenos anunciaban.

Los vientos de la historia, empujados en estas tierras por el terrorismo de estado, arrastraron aquella encomiable utopía, la despojaron de sus buenas o malas razones y la convirtieron en una ilusión del coraje, en una locura romántica que poco y nada tenía que ver con la realidad histórica que la había alumbrado. Y con ella se desvaneció la memoria convocante de Evita. Ya no fueron objetos de culto su fanatismo, su lenguaje sin vueltas, su vocación por la justicia social ni su compromiso con los pobres y los desamparados. No se la olvidó, pero tampoco se la recordó.

Hoy, cuando la versión original del peronismo que ella encarnó mejor que nadie se ha convertido en una reliquia del pasado, su memoria continúa ejerciendo una

fascinante atracción, pero ya no convoca a multitudes de jóvenes rebeldes, sino a la imaginación de escritores y realizadores cinematográficos.

Este renovado interés por la figura de Evita ya ha producido dos novelas, *La pasión de Eva*, de Abel Posse, y *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, y otra obra de reciente aparición: *Eva Perón. La biografía*, de Alicia Dujovne Ortiz.

Los libros de Abel Posse y Tomás Eloy Martínez son novelas tramadas en torno a la personalidad histórica de Evita y las dramáticas circunstancias que rodearon su vida y su muerte, en las que la verdad se confunde con la ficción. Son, si se quiere darles una trajinada denominación, novelas históricas. Ambos autores sienten una particular predilección por este género al que ya han dado algunos títulos muy difundidos en su momento.

La escritura de una novela histórica exige una labor previa de consulta y búsqueda de testimonios que poco y nada se diferencia de la heurística que realizan los historiadores. Y en algunos casos suele ser una tarea todavía más difícil. Porque no cualquier documento sirve a los propósitos del novelista. Manuel Gálvez, el escritor argentino que frecuentó con mayor asiduidad el género, recordaba en sus últimos años el "arduo y tenaz trabajo" que demandaba escribir una novela

histórica o de ambiente histórico. Ni Posse ni Martínez obviaron este paso. Por el contrario, los dos dejan constancia en sus libros del paciente empeño que pusieron para reunir la documentación que diera sustento a sus ficciones. Posse declara que a lo largo de los años ha ido "recogiendo las más variadas versiones sobre Eva Perón" (p. 321). Martínez lo cuenta en sus frecuentes referencias al mismo proceso de escritura y también en los reconocimientos finales, en los cuales recuerda los testimonios orales que recogió y la fatigosa labor que realizó en archivos, privados, militares y periodísticos (pp. 393-394).

Estas insistentes remisiones a la verdad de los hechos que se narran no sólo forman parte del proceso de escritura de una novela histórica, sino que constituyen un recurso estilístico que aumenta la verosimilitud del relato y, al mismo tiempo, le da al lector la impresión de que se encuentra frente a una verdadera reconstrucción histórica en la cual la realidad prevalece sobre la imaginación. Tanto Posse como Martínez recurren con frecuencia a este procedimiento. Posse inicia su libro con una nota en la que advierte: "Todas las circunstancias son históricas. Todas las palabras, o casi todas, surgen de versiones reconocidas, de declaraciones o de textos" (p. 11).

Martínez, por su parte, no se priva de reproducir copias de

diarios de la época ni de colocar citas al pie de página, algunas destinadas a dar como ciertos hechos no debidamente probados, como la existencia de las réplicas del cadáver; otras reales, como la que señala que los nombres de los oficiales y suboficiales que acompañaron al coronel Moori Koenig estaban cambiados.

El resultado de esta técnica es algo que, en cierta forma, ya había observado Gálvez en *El novelista y las novelas* [Buenos Aires, Emecé, 1959]: "La novela histórica posee un formidable valor didáctico. Sea que los libros de Historia cansan al distraído y apresurado lector moderno, sea que los historiadores puros —como ocurre entre nosotros— escriben generalmente con escasa elegancia y no saben dar interés y vitalidad a sus libros, el caso es que las novelas históricas constituyen el solo medio de aprender historia".

Este efecto producen *La pasión de Eva y Santa Evita*. El lector olvida que se halla frente a una obra de ficción y cae en la ilusión de que está descubriendo los misterios de una historia fascinante que le ocultaron o le contaron a medias. Cabe preguntarse entonces no sólo qué historia narran Abel Posse y Tomás Eloy Martínez, sino cuánto hay de verdad y de originalidad en ella. Si se rastrean ambas novelas pueden descubrirse numerosos temas, enfoques y visiones comunes que no siempre parten de

la realidad de los hechos narrados. Así, en el relato del primer encuentro de Perón con Evita, Posse y Martínez coinciden en mostrar a un Perón pasivo encarado por una joven audaz y desenfadada. Esta imagen de un Perón poco masculino, apocado y sometido a una Eva poco mujer, atrevida y dominante, formó parte sustancial de la mitología antiperonista nacida en aquella época.

Ezequiel Martínez Estrada, un antiperonista cerril, que llegó al extremo de contraer una grave enfermedad psicósomática por el stress que le provocaba el peronismo, descargó sus odios reprimidos en un libro inconcebible, titulado *¿Qué es esto?*, aparecido en 1956 [Buenos Aires, Lautaro]. Allí, en medio de amables diatribas contra Perón, Evita y la "chusma" que los seguía, escribió: "Ella fue el fautor demiúrgico en la aventura peronista. El carecía de imaginación y posiblemente de coraje para una empresa de tal envergadura [...] En realidad, él era la mujer y ella el hombre". Tomás Eloy Martínez recoge esta apreciación casi al pie de la letra cuando conjetura: "Ella se le presentó con una frase de alto voltaje seductor [...] y le propuso que durmieran juntos esa misma noche. Siempre fue de armas llevar. No concebía que la mujer pudiera ser pasiva en ningún campo, ni aun en la cama [...] El

aspirante a dictador era, en cambio, algo incauto en las lides eróticas: románticón, de gustos simples. La que lo levantó fue ella. Tenía muy claro lo que quería" (p. 137).

Martínez complementa esta visión de la pareja afirmando en la libreta de Moori Koenig que Evita dominaba a Perón por medio de sus habilidades en la práctica del sexo: "[...] jamás dejó de satisfacer a su marido, hasta que las fuerzas la abandonaron. Lograba que la masturbación pareciera penetración. Su lengua actuaba como vagina. El dictador nunca se había beneficiado de un sexo tan sabio, ni volvió a encontrarlo después que ella murió" (p. 139). Esta afirmación también es tributaria del antiperonismo militante de aquella época. Martínez Estrada, por ejemplo, escribe en su libro que Eva tenía "[...] no sólo la desvergüenza de la mujer pública en la cama, sino la intrepidez de la mujer pública en el escenario".

Posse, por su parte, aunque es más prudente, también sostiene que "Evita lo tomó por asalto a Perón" (p. 146), porque sabía que era un hombre importante, y no sólo desliza algunos comentarios sobre la apagada sexualidad de éste, sino que señala su debilidad por las adolescentes o las prostitutas vistosas y juveniles como Piraña o Nelly Rivas (pp. 146-147). Esta misma observación sobre la supuesta

predilección de Perón por las jovencitas puede encontrarse en la biografía de Perón escrita por el historiador norteamericano Joseph A. Page [*Perón*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1984]. Pero el dato tampoco es original de Page. Este lo tomó de la poco objetiva historia del peronismo publicada por la revista *Primera Plana* en 1965.

Posse y Martínez también concuerdan en la escasa simpatía con que tratan a Perón, al que presentan como un personaje negativo, casi detestable. El primero llega al extremo de mostrarlo ajeno a lo que sucedía el 17 de Octubre de 1945, desconcertado, y lo retrata como un hombre frío y calculador: "El hombre frío y casi maquiavélico que había en Perón" (pp. 203 y 206). Tomás Eloy Martínez llega todavía más lejos y, en el supuesto enfrentamiento con Evita a raíz de la candidatura a la vicepresidencia, lo exhibe además como un malvado, capaz de clausurar una decisión largándole en la cara a Evita que tenía cáncer y pronto moriría (p. 118). Ninguna de esas afirmaciones resulta desconocida. El padre Hernán Benítez, confesor de Evita y un hombre poco dispuesto a reconocerle méritos a Perón, sostiene, en un largo testimonio filmado, que, como el personaje de Molière, el 17 de octubre lo hizo a Perón "[...] líder a palos".

La caracterización negativa de Perón que predomina en el libro de

Martínez se prolonga en las escenas correspondientes al acto del 22 de agosto de 1951 y la candidatura de Evita. Aquí Martínez invierte los roles de la pareja. Perón, insensible y egoísta, aparece usando para sus fines políticos a una Evita débil, insegura, casi torpe y ya enferma de muerte. "Ella no sabía qué decir -escribe-, estaba muerta de miedo, sentía la mirada sensora de Perón y eso aumentaba su torpeza" (p. 104). Conforme a esta lógica, presenta a Eva como una víctima del diabólico maquiavelismo de Perón: "Ya no soy yo [...] soy lo que mi marido quiere que sea. Le permito que teja sus intrigas con mi nombre. Ya que él me dio su nombre, yo le doy el mío. Era terrible y nadie se daba cuenta" (p. 112). Y concluye señalando que ese acto monumental no era más que un circo consentido por Perón: "Todo era un aspaviento" (p. 107).

Esta interpretación tampoco es original. Félix Luna, que ha cultivado prolijamente su antiperonismo, escribe en *Perón y su tiempo* [Buenos Aires, Sudamericana] a propósito del acto del 22 y la candidatura de Evita: "Los peronistas nunca entendieron lo que pasó; no advirtieron que, simplemente, él [Perón] había usado una vez más a Evita para sus fines políticos". La tesis de Luna, que Martínez recoge casi al pie de la letra, forma parte del folklore antiperonista de todos los tiempos. Martínez Estrada escribe

en su catilinaria que Perón "[...] se valió de esa pobre infeliz casi analfabeta". Cipriano Reyes, otro antiperonista histórico, también sostiene siempre que Perón usaba a Evita.

Otros testimonios contemporáneos niegan terminantemente que existiera este tipo de relación entre Perón y Evita. También niegan los enfrentamientos entre Perón y Evita que trataban de descubrir sus opositores. El mismo padre Benítez, tan poco dispuesto a tratar bien a Perón, afirma que, a pesar de sus diferentes personalidades, Perón y Evita se entendían perfectamente bien. Por otra parte, Eva no sólo jamás deslizó una sombra de duda sobre la figura de Perón y su proyecto político, sino que siempre se reconoció como una hechura de Perón. Sin embargo, para interpretar los sucesos de agosto de 1951 hay que tomar en cuenta el estilo político de Perón y el contexto de la época. Así se verá que la candidatura de Evita bien pudo ser una maniobra convenida entre los dos para evitar la vacancia de un cargo que, en ese momento, podía suscitar los estériles enfrentamientos internos que Perón trataba de evitar. Muchas veces a lo largo de su vida apeló Perón a este recurso. Así lo hizo en 1973, cuando eligió como compañera de fórmula a Isabel, una mujer que estaba muy lejos de parecerse a Evita, pero que por ser

su esposa cerraba la discusión por la candidatura que se disputaban los distintos sectores políticos.

La caracterización de Evita que Tomás Eloy Martínez asienta en la libreta de Moori Koenig también corresponde a la visión que de ella tenía el antiperonismo: "Sabía que era guaranga, casi analfabeta, trepadora, una sirvienta escapada del gallinero [...] Agresiva, nada femenina. Enjoyada de pies a cabeza para desquitarse de las humillaciones que ha conocido. Resentida. Sin escrúpulos. Una vergüenza" (p. 134). No hay más que ir al libro de Martínez Estrada para confirmarlo. "Era ella [Evita] una sublimación de lo torpe, ruín, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales".

Martínez también estampa en la libreta de Moori Koenig una prolíja enumeración de la infinidad de joyas y bienes que poseía Evita: "1.200 plaquetas de oro y plata, 756 objetos de platería y orfebrería, 650 alhajas, 144 piezas de marfil, collares y broches de platino, diamantes y piedras preciosas" (pp. 137-138). Estos datos también son una transcripción textual de una fuente antiperonista todavía menos confiable que las anteriores, como es *El libro negro de la segunda tiranía* [Córdoba, s/l, 1958], confeccionado sobre la base de las dudosas informaciones suministradas por las comisiones investigadoras creadas por la

autodenominada "revolución libertadora". En esta obra, escrita por Julio Noé, puede leerse: "[...] que se encontraron mil doscientas plaquetas de oro y plata, 756 objetos de platería y orfebrería, 650 alhajas, 144 piezas de marfil".

En cuanto a la desaparición y ocultamiento del cadáver de Evita, que constituye, prácticamente, el núcleo de la novela de Tomás Eloy Martínez, cabe señalar que el propio coronel Moori Koenig, en un testimonio filmado varios años después de los sucesos, no menciona la existencia de copias del cadáver, y declara que Aramburu le encargó enterrar secretamente el cuerpo de Evita, que en esos momentos se hallaba depositado en el Servicio de Informaciones del Ejército. El "Operativo Traslado", como se denominó a la misión, se realizó en el mayor secreto, simulando que se trataba de una mujer italiana llamada María Maggi de Magistris, y concluyó con el entierro del cadáver en el cementerio de Génova. Los libros de Abel Posse y Tomás Eloy Martínez recaen en muchos pasajes en una visión que gozó de cierta popularidad en círculos no peronistas y presentan a una Evita revolucionaria y a un Perón conservador. Esta imagen no refleja la realidad y más bien responde a una interpretación psicologista que mira las diferentes personalidades de una y otro.

Posse y Martínez también ofrecen una curiosa analogía. Los

dos transforman el cadáver de Evita y sus penurias en una metáfora de la nación. "No hay ninguna jactancia —escribe Posse— en eso de que yo identifique la suerte de mi esmirriado cuerpo con el de la robusta República" (p. 98). Martínez, por su parte, afirma: "Ese cadáver somos todos nosotros. Es el país" (p. 387). Y, en cierta forma, no se equivocan.

Pero la lectura de *La pasión de Eva y Santa Evita* también deja la impresión de que existe una diferencia de fondo entre ambos autores. Para Posse la novela parece un pretexto para emitir sus juicios sobre Evita y el peronismo de su tiempo, por el que no oculta su simpatía, y sus diferencias con la versión actual, que ve irreconciliable con aquella y, casi despectivamente, llama "peronismo de mercado" (p. 275). Para Tomás Eloy Martínez, en cambio, Evita y las peripecias postreras de su cuerpo parecen un pretexto para escribir su novela y confirmar la particular visión del peronismo que había adelantado en *La novela de Perón*.

Pero al margen de afinidades, diferencias, hechos verosímiles y verdades, ninguno de los libros debe confundirse con la verdadera historia, y no viene mal recordar aquella sabia observación que en su libro *¿Qué es la novela?* [Buenos Aires, Columba, 1966] hace Mariano Baquero Goyanes: "[...] la novela histórica, por más que se apoye en datos reales, cae

de lleno en el dominio de la ficción, por obra y gracia de la libre y creadora manipulación a que el novelista somete ese material arrancando al pretérito,

entreverado de invención y convertido en novela de muy diversas formas".

Carlos Paz

Coraggio, José Luis, *Desarrollo humano, economía popular y educación*,

Buenos Aires, REI/Instituto de Estudios y Acción Social/AIQUE Grupo Editor, 1995, 148 páginas.

La edición de esta obra constituye un acontecimiento singular dentro de la producción local pues representa uno de los primeros libros, si no el primero, realizado por un economista alrededor de las temáticas de la educación. Aún más singular es comprobar la preocupación de su autor por el paradigma dominante de la "educación para todos" y su vinculación con una corriente de la educación que muchas veces se ha constituido en doctrina orientadora: la educación popular.

J. L. Coraggio es un reconocido economista, con vasta experiencia en el país y en Latinoamérica en desarrollo socioeconómico, que aporta sus reflexiones sobre los conceptos en boga en los últimos años entre los organismos internacionales, el desarrollo

humano, la educación para todos, la transformación con equidad.

La aparición de este texto es una alternativa para las tradicionales interpretaciones neoclásicas del capital humano, que reivindicaban a la educación como una inversión productiva al alcance de todos por vía de decisiones clave que pueden ser sostenidas a través de la solicitud de créditos. Por otra parte, suponen una sociedad sin diferencias, en mágico equilibrio.

Entre los intelectuales argentinos, al comienzo del proceso de recuperación democrática, plantear relaciones entre economía y educación representaba una postura reaccionaria que se asimilaba a una visión neoclásica, desconociéndose los ya publicados aportes de Guillermo Labarca en sus apreciaciones sobre la economía pública de la educación. En aquella reciente Argentina sólo se entendían discursos sobre el impacto de la dictadura y del autoritarismo. Nada se discutía